

Caminaron un poco y se detuvieron cerca de una esquina, á donde le pareció á la Apipiza mas á propósito para hablar con Fray Anjelo.

La jente pasaba, pero no paraba la atencion en ellos, porque en aquel tiempo nada de lo que hacian los clérigos era mal visto, por mas que lo pareciera.

La Apipiza verdaderamente no sabia por dónde comenzar; pero Fray Anjelo le inspiraba confianza y se resolvió á hablar.

XII.

De lo que hablaron Fray Anjelo y Marta, y de lo que resultó de esta conversacion.

 SEÑOR, dispéñeme vuesa merced—dijo Marta—pero es el caso que nosotros andamos aquí en busca de un pariente nuestro, que dicen que está en la cárcel; y como no conocemos á nadie, y tenemos miedo á la jente de justicia, queremos ver si su merced, que de adentro sale, podrá darnos razon de él.

—Difícil será—contestó Fray Anjelo—porque casi á nadie conozco; que llevo solo al calabozo en que está el señor marqués de San Vicente; pero digan cómo se llama ese hombre, por si le he oido mentar, ó por si acaso puedo averiguar algo cuando vuelva á entrar.

—Conocíanle y mentábanle solo con el apodo de el Camaleon.

—Pues así menos sé quién es.

—Dígame su merced, unos hombres que hicieron presos por Tlaltelolco.

—Entre ellos está?

—Sí.

—Pues tres son, ó por mejor decir eran, que el uno murió, y los otros dos están moribundos.

—¡Ave María!

—Quizá por el que preguntais esté vivo, aunque solo el nombre de uno conozco, el que iba á ser allí la víctima; dicen llamarse Guillen de Pereyra, hombre acomodado.

—D. Guillen de Pereyra!

—El mismo; que dice el médico que puede conseguir la salud.

—Y está preso?

—Sí; pero hoy tal vez será puesto en libertad, porque nada hay contra él.

Marta calló y miró á Luis.

—Señor—dijo éste—¿sabe vuesa merced de una dama que robaron en la ciudad, y nunca mas se supo de ella?

—He oido decir.....

—Pues señor: esa dama fué robada por ese D. Guillen, y la emparedó....

—¿Es posible?

—Sí señor, lo juro por Dios; la dama se volvió loca, y entónces D. Guillen la sacó y quién sabe qué habrá hecho de ella.

—¿Pero esa dama quién era? ¿cómo se llamaba?

—No lo supe; en su delirio, hablaba siempre de un D. José de Mallades y de un Valenzuela.

—Mallades! Valenzuela!

—Sí señor; solia mentar á un padre.....

—Nitardo?.....

—Eso es, eso es, y decia siempre, como cantando unos versos que empezaban: surcando mares negros....

—Oh! los versos que nos envió D. Fernando cuando es-

tuvo en Acapulco..... no hay duda, esa dama es D^a Laura.....

—No sé; solo aseguro á su merced que llevaba tocas negras....

—La misma, la misma, ¿y porqué no avisas á la justicia....?

—Porque me querrian hacer cómplice, y no quiero yo tener que ver con esa señora justicia.

—Pero esa pobre dama ¿qué habrá sido de ella?

—El debe decirlo....

—Avisa á la justicia.

—Avisé su merced que ya lo sabe, y que no tendrá que sufrir nada; nosotros somos pobres, y nos prenden luego....

—Es decir, me dais licencia para que cuente yo esto á ver qué remedio se pone....

—No solo doy licencia, sino que se lo ruego á su merced que lo haga, para descanso de mi conciencia.

—Pues sí lo haré, lo haré: ¿y en dónde estaba emparedada esa mujer?

—Eso ya no importa porque ya la sacaron de allí; ahora se necesita saber á dónde está.

—¿Cómo os llamais?

—No lo dirémos, que ya lo bastante sabe vuesa merced, dijo la Apipizca.

Y sin esperar mas, Marta y Luis dieron la vuelta y echaron á andar, volteando la esquina y perdiéndose antes de que Fray Anjelo volviera en sí de su asombro.

—Comprometido lance es este—dijo para sí Fray Anjelo—denunciar este crimen que puede costar la vida á un hombre me es prohibido; dejar perecer á esa dama, seria un pecado pudiéndolo yo impedir.... ¿qué haré?.... ¿qué haré?

Y sin moverse del lugar en que le habían dejado Luis y la Apipizca, inclinó la cabeza y se puso á reflexionar, sin cuidarse de la jente que le miraba con estrañeza al pasar.

De repente se dió una palmada en la frente esclamando.

—¡Muy bueno! ¡muy bueno!.... de este modo consigo.....

Y volvió á entrar precipitadamente á la cárcel.

Como Fray Anjelo iba todos los dias á visitar al marqués de San Vicente, la mayor parte de los empleados de la cárcel le conocian, y le apreciaban por su virtud.

Fray Anjelo, fiado en esto se dirigió inmediatamente á ver al alcaide.

—¿Qué ordena su merced, padre?—dijo este.

—Podria yo visitar á D. Guillen.....?

—No hay inconveniente, porque ya no está en calidad de preso y muy pronto debe irse para su casa, en cuanto el médico diga que ya puede.....

—Pues vamos.

El alcaide guió á Fray Anjelo hasta el aposento en que estaba el Señorito.

D. Guillen se quejaba de una manera bien triste: casi todo su cuerpo era una llaga, y las medicinas que se le aplicaban no calmaban sus intensos dolores; el médico temía por su vida.

Al ver que llegaba Fray Anjelo, el Señorito se estremeció, y dijo dirigiéndose á uno de los que estaban á su lado:

—¿Estoy de muerte? ¿y me van ya á confesar?

Los que le asistian no supieron qué contestar, y se miraron entre sí, pero Fray Anjelo se adelantó.

—No tema vuesa merced, vengo solo á consolarle! yo soy el sacerdote que fué llevado para que le confesara la noche.....

—¡Ah señor!—esclamó incorporándose un poco D. Guillen—debo á vuesa merced la vida: ¡oh! me hubieran matado de un modo horrible. ¡Perdóneme vuesa merced que no le hubiera conocido! que es mi padre, mi salvador.

Y D. Guillen tomaba la mano del fraile y la besaba con efusion.

—Vamos, calma—decia Fray Anjelo—calma, que el estado de vuesa merced no es para emociones violentas: vengo á hablarle á solas.....

D. Guillen hizo una señal y todos salieron dejándole con Fray Anjelo.

—Ya estamos solos—dijo el Señorito entre los quejidos que le arrancaban sus dolores.

—Si tan agradecido me está vuesa merced, quiero que me diga una cosa, en la intelijencia que la reservaré como si me la confiara bajo el sijilo sacramental.

—Estoy dispuesto á contestar.

—Se trata de una dama.

—¿De una dama?

—Sí, emparedada por vuesa merced.

El Señorito se estremeció en su lecho, y miró asombrado á Fray Anjelo.

—La verdad—dijo éste—la verdad; el arrepentimiento logra el perdon ante Dios, y yo nada diré á la justicia; quiero salvar á esa mujer y libertar la conciencia de vuesa merced de ese crimen; eso es si vuesa merced quiere que esto no es confesion, sino en cuanto al sijilo que ofrezco.

—Sí padre, diré, diré, porque este es un peso que oprime

mi corazón; no he sido yo culpable de ese crimen, aunque fuí cómplice; otro es el autor de él, que no le denunciaré; pero esa dama está emparedada en la casa del marqués de Rio-florido....

—Dios mío! ¿á caso su hija D^a Inés?....

—Padre, nada diré de un secreto que no es mío; pero la emparedada está allí y es preciso salvarla: me arrepiento! me arrepiento!.....

—Entonces voy inmediatamente á la casa.

—Y no entrará vuesa merced, porque D^a Inés ha sido aprehendida por el Santo Oficio, y la casa está cerrada y selladas las puertas.

—Pero dicen que vuesa merced la sacó de allí y que estaba loca.

—Loca estaba; pero no la he sacado, lo juro por mi salvación, y mas valiera, porque quizá habrá muerto de hambre la desgraciada.

—Jesus nos asista! ¿qué haremos?

—Mire vuesa merced lo que hace para salvarla; pero pronto, porque si no ha muerto, morirá de hambre.

—¿Con que decís qué está?....

—En la casa del marqués de Rio-florido, en una bodega que hay en el gran patio que sirve de embarcadero: la puerta de la bodega está cubierta con leña; por Dios, padre, no cargue sobre mí este crimen mas.

—¿Pero á quién veré para esto?

—Conozco una persona que puede servir á vuesa merced.

—¿Quién es ella?

—D. Gonzalo de Casaus, comisario del Santo Oficio.

—Le conozco y corro en su busca; volveré, adios!

Y Fray Anjelo salió corriendo de la cárcel.

Marta y Luis se resolvieron á no perder el tiempo, y como estaban seguros de que las pesquisas respecto al paradero de D^a Laura se dirigirian por otra parte, puesto que ya sabian que la dama no estaba en la casa del marqués, se arreglaron para entrar aquella misma noche á esa casa para sacar de ella lo que mejor les conviniera.

Luis se proveyó de una ganzúa y Marta de un farol.